

## *Vino malicioso*

En el *Lisis*,<sup>1</sup> Platón afirma que "lo primero que amamos" (*proton filon*) es la fuente y el origen de todo pacto social. Desde aquí, se extrae el principio que da razón de ser y asigna su meta a la comunidad humana. El *proton filon* debe ser, de ahora en más, reencontrado en la sociedad. Más tarde, en el *Gorgias*,<sup>2</sup> Platón afirma que no podría existir una comunidad humana basada en el robo. Esto se debe a una sencilla razón: la comunidad sólo puede existir para el *Bien*. Aquel *proton filon*, el primer amor, es lo que impregna la vida gregaria en función de la idea del *Bien*. Nos une la norma y la ley de un *Bien* supremo, que mantiene unido al mundo de los hombres y al cosmos entero. Tomemos nota del carácter erótico de este planteo. Algo así como si el *Bien* fuera solidario del *Eros*.

Hay varias versiones del *Eros*: en *Zafo*, en *Empédocles* y en *Platón*. Freud se referirá a la clásica idea de "hacer de dos, uno", extraída del discurso de *Aristófanes* en aquel *Simposio* de Platón.<sup>3</sup>

Es fácil precisar desde aquí en qué consisten los pecados capitales: indudablemente, atentan contra esa idea del *Bien*. Un pecado se vuelve capital si es que desafía la ligazón erótica con el otro. Alguien se ha vuelto digno de la pena eterna cuando la ha emprendido contra el fundamento mismo de la cultura: el pacto erótico.

Si la gula merece ser calificada de tal, no es por otra cosa que porque quien recae en ella desatiende el recorrido a través del objeto y goza, de más, en su propio cuerpo. El obeso y la anorexia desatienden que se espera de la oralidad su anudamiento con otras pulsiones, y, de esta manera, que unas constituyan los límites de las otras. La cultura exige que lo pulsional se ejerza en mediaciones simbólicas más o menos sutiles, que las comidas se preparen siguiendo algunas recetas familiares y que la satisfacción directa quede enmarcada en ciertos límites.

La pereza pone en primer plano el ideal del trabajo. Si la cultura es la serie de mediaciones en función del intercambio, el perezoso y el cínico eligen burlarse. Desde *Esopo* y su cigarra, a *Diógenes* a la sombra de Alejandro Magno, desafían la transpiración en la que se funda la cultura. Si el trabajo es aquello que liga más firmemente al individuo a la comunidad humana, el perezoso decide socarronamente quedar por fuera de la cultura. El ocio atenta contra las obligaciones recíprocas de la vida gregaria.

Lo mismo se puede afirmar de la lujuria, que propone el sexo en su desorden. "*Toda cultura debe edificarse sobre una compulsión y una renuncia de lo pulsional*".<sup>4</sup> Si la cultura ha tenido que negociar con lo sexual, ha sido imponiendo restricciones serias, pero, al mismo tiempo, concediendo su ejercicio en relaciones determinadas y puntuales. El lujurioso no respeta la circulación del sexo que el pacto erótico propone.

La codicia atenta igualmente contra dios. La acumulación de riquezas implica necesariamente rebajar al prójimo, de un fin en sí mismo, a un medio para ser explotado. A *Creso*, el hombrecito económico, no le importa sino la amplitud de sus bolsillos.

La soberbia no repara en el otro. En la estima exagerada de sí mismo, el soberbio actúa dejándolo todo a un costado, sin tomar en cuenta al prójimo. Es evidente el valor anticultural de tal empresa. Por vanidad, Lucifer cayó del cielo.

---

<sup>1</sup> Platón: *Diálogos*, Reysa Ediciones, Buenos Aires, 1983.

<sup>2</sup> Platón: *Diálogos: Gorgias o de la retórica*, Austral Ciencias y Humanidades, Madrid, 1988.

<sup>3</sup> Platón: *Diálogos: El Banquete o del amor*, Austral Ciencias y Humanidades, Madrid, 1988.

<sup>4</sup> Sigmund Freud: "El porvenir de una ilusión", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XXI, pág. 7.

La ira es el desorden y el descontrol, el odio y, también, el enojo. En ella recae *Edipo* cuando maldice al asesino de *Layo*, sin saber que se trataba de él mismo. El enojo atenta contra la comunidad porque atenta contra la verdad y, en su nombre, se realizan las peores fechorías y los más atroces genocidios. La virtud que se le opone es la paciencia. Nadie dudaría de que la cultura exige largos y pacientes rodeos que la ira desatiende.

La envidia, posiblemente el peor de los pecados, debe su lugar al valor profundamente tanático de su esencia. En cada ligazón erótica, encuentra un motivo de destrucción. Quizá por eso merece ser calificada como la más anticultural: a diferencia de los otros, no hay nada erótico en su ejercicio. Si la codicia consiste en tener aquellos bienes que los otros tienen, el pecado de la envidia es el más destructivo: es el deseo de privar al prójimo de sus dones. El envidioso recibe placer al ver a otros caer.

El tóxico ocupa un lugar ambiguo en la cultura. En ocasiones, participa de las reuniones de los hombres, acercando las voluntades, suspendiendo momentáneamente las diferencias. En la *Odisea*, *Odiseo* relata a los *Feacios* las aventuras de su viaje. Las aladas palabras se escancian en el alma, como el vino se escancia en las copas, y nadie duda que, en esas ocasiones, el vino y las palabras juntan a los hombres, tan distantes en otras. En el *Simposio* mismo, el vino y la comida pincelan el ambiente en el que se dirán todas aquellas cosas maravillosas sobre el amor. El vino es, desde aquí, el telón de fondo del *Eros*.

Pero no siempre es así. En muchas ocasiones, el tóxico pareciera acercarse a aquellas figuras de la pulsión de muerte. Abraham, en un trabajo recomendable,<sup>5</sup> afirma que el alcohol actúa sobre el instinto sexual, suprimiendo las resistencias y aumentando la actividad sexual. Pareciera funcionar al servicio del *Eros*, entonces. Sin embargo, es necesario delimitar esta apreciación. Pocos párrafos adelante, afirma que los productos de la civilización se debilitan por efecto del alcohol. Evidentemente, el tóxico aumenta la satisfacción pulsional directa, en detrimento de los rodeos que la cultura pareciera proponer para la satisfacción. Si acerca a los hombres, lo hace sin respetar las mediaciones sociales. El alcohol, en este sentido, no perdona ni a la prohibición del incesto. Las hijas de *Lot* lo emborrachan para tener relaciones sexuales con él.

Cabe recordar los términos de aquel debate de Platón con sus contemporáneos. En sus *Leyes*,<sup>6</sup> dedica todo un libro al valor educativo del beber y de las reuniones de bebedores, defendiendo éstas prácticas contra los ataques de que eran objeto. También en este libro, censura la ausencia de banquetes o simposios, como uno de los defectos morales más salientes de la educación espartana. Él era partidario de la abundancia del vino en las reuniones, como un elemento privilegiado con el cual fomentar el dominio de sí mismo.

Es sumamente interesante el hecho de que, en la formación platónica, se aspira a tender un puente entre lo apolíneo y lo dionisiaco, asumiendo el riesgo que el tóxico implica. Platón confía plenamente en subordinar estos dos principios a su idea del *Bien* y, por lo tanto, del *Eros*. No siempre la cultura ha seguido estas recomendaciones al pie de la letra. Las más de las veces, con muy poco éxito, sigue haciendo lo imposible por limitar la fiesta y el carnaval.<sup>7</sup>

Es evidente que, en más de dos mil años de historia, no ha cambiado gran cosa este planteo. La cuestión de la penalización o despenalización de las drogas no ha sido decidida aún

---

<sup>5</sup> Karl Abraham: "Las relaciones psicológicas entre la sexualidad y el alcoholismo", en *Psicoanálisis clínico*, Ed. Paidós, Buenos Aires, cap. III, 1959.

<sup>6</sup> Platón: *Leyes*, en *Diálogos*, Editorial Austral, Madrid, 1988.

<sup>7</sup> Rolando H. Karothy: Principios para una conceptualización de las toxicomanías, en *Contexto en Psicoanálisis VI. Las Adicciones*, Editorial Lazos, La Plata, año 2002.

en la cultura. Nadie dudaría de que el homicidio atenta contra la cultura; esta última ha decidido sobre eso. No es el caso del tóxico. El fármaco sigue siendo un indecible, desde antes de Platón hasta nuestros días.

Quizás esta sea la razón de que el tóxico, aunque por poco, haya escapado a figurar en la serie de los pecados capitales. Es innegable que la cultura no se ha expedido sobre el ser del mismo. Si el fármaco está por fuera de la lista de los pecados (y todo pareciera indicar que siempre lo estará), es por una sencilla razón: la *fiesta*.

En la vida cotidiana, nos habita un principio según el cual rigen las formas de la razón, la medida y la proporción, de tal modo que los individuos pueden ser separados en función de diferencias. Tal es el principio de individuación.<sup>8</sup>

El vino lleva alegría al espíritu<sup>9</sup> porque suspende este principio. Si el "*Conócete a ti mismo*" del oráculo de *Delfos* asegura nuestra suscripción a lo apolíneo, "*la analogía de la embriaguez es la que más nos acerca a lo dionisiaco*", afirma Nietzsche.<sup>10</sup> El influjo del tóxico es la excepción y el quebranto de la razón y la medida:

*"Bajo el embrujo de los dionisiaco no sólo se cierra de nuevo la alianza entre los hombres, también la naturaleza enajenada, hostil o subyugada celebra nuevamente su fiesta de reconciliación con su hijo perdido, el hombre. (...)*

*Ahora el esclavo es hombre libre, ahora todos rompen las rígidas y hostiles delimitaciones que la penuria, la arbitrariedad o la descarada moda han establecido entre los hombres. Ahora, en el evangelio de la armonía de los mundos, cada cual se siente no sólo unido, reconciliado, fundido con su prójimo, sino uno con él, como si el viejo velo de Maya se hubiera desgarrado y tremolara hecho jirones ante el misterioso Uno primordial".<sup>11</sup>*

Y más aún:

*"Bien por la influencia del bebedizo narcótico, del que hablan en los himnos todos los hombres y pueblos primitivos, bien en el violento aproximarse de la primavera que impregna placenteramente toda la naturaleza, se despiertan esas emociones dionisiacas, que a medida que son más intensas, lo subjetivo desaparece en el olvido absoluto de sí mismo."<sup>12</sup>*

Llama la atención que Freud, en su consideración de la *fiesta* y el *banquete totémico*, no se sirviera de este texto inmenso. Sin dudas, las resonancias con *Tótem y tabú*<sup>13</sup> son muy propicias. Recordemos algunos de sus términos.

En este trabajo, Freud elabora una hipótesis que sintetiza genialmente tres ideas destiladas por la biología y la antropología de la época. Tomando en cuenta los argumentos de la clínica psicoanalítica, la horda primitiva que Darwin había inferido, la elaboración del tótem que fundamentó Atkinson y el llamado *banquete totémico* supuesto por Robertson Smith, Freud

---

<sup>8</sup> "Al igual que sobre el mar embravecido, que ilimitado por todos lados, levanta y hunde, ululante, montañas de olas, un marino, sentado en una barca, confía en su débil embarcación; así descansa tranquilamente, en medio de un mundo de tormentos, el hombre individual, apoyado en el *principium individuationis*", (Schopenhauer, El mundo como voluntad y representación, I).

<sup>9</sup> Homero: *Odisea*, Ediciones Losada, Buenos Aires, 1980.

<sup>10</sup> Friedrich Nietzsche: *Op. cit.*, pág. 64.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 65.

<sup>12</sup> Friedrich Nietzsche: *Op. cit.*, pág. 64.

<sup>13</sup> Sigmund Freud: "Tótem y tabú", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XIII, pág. 1.

formula una deducción histórico-conjetural. Originariamente, habría existido una horda primordial, dentro de la cual los celos del macho adulto y más fuerte impedían la promiscuidad sexual. Sólo él disponía del acceso a las mujeres. Cierta día, los hermanos se habrían organizado, lo habrían matado y finalmente comido.

El primer acto de la comunidad, entonces, es el pacto de hermanos. Con este pacto nace la ley en el lugar del padre muerto y, evidentemente, con mucha más fuerza que el padre mismo. En cada fiesta se conmemora la matanza del padre y, al mismo tiempo, la comunidad con él; la añoranza que, de él, tienen los hombres. Matarlo e incorporarlo, cada vez, en cada fiesta. Por eso casi que no han hecho otra cosa los hombres en las reuniones. La fiesta evoca el triunfo de aquella primera matanza.

*"Podemos atrevernos a decir que la manía no es otra cosa que un triunfo así, sólo que en ella otra vez queda oculto para el yo aquello sobre lo que ha vencido y sobre lo cual triunfa. A la borrachera alcohólica, que se incluye en la misma serie de estados, quizá se la pueda entender de idéntico modo: es probable que en ella se cancelen, por vía tóxica, unos gastos de represión."*<sup>14</sup>

¿Por qué se atribuye esa fuerza ligadora al comer y al beber?<sup>15</sup> se pregunta Freud. Porque se trata de una corroboración de la comunidad social y una aceptación de las obligaciones recíprocas, se responde. La fiesta, de este modo, es un exceso permitido, más bien obligatorio, donde se realiza la violación solemne de una prohibición.

*"De este modo, acciones que están prohibidas para el individuo, sólo se vuelven legítimas cuando todo el linaje asume la responsabilidad de la matanza"*<sup>16</sup>

*"Y a continuación del duelo, sigue el más ruidoso júbilo festivo, el desencadenamiento de todas las pulsiones y la licencia de todas las satisfacciones. Aquí nos cae en las manos, sin esfuerzo alguno, la intelección de la esencia de la fiesta"*<sup>17</sup>

Pero, aquello que suspende más eficazmente el principio de individuación, ¿no es más el beber que el comer? Si la embriaguez es la mejor analogía de lo dionisiaco, ¿no será el tóxico la figura que mejor se nos ofrece para anular las diferencias? ¿No habrían sido la música y la bebida las figuras más adecuadas para que Freud, ese viejo apolíneo, formule su banquete totémico? Si no, ¿qué sería de la fiesta sin la música y el fármaco?

Si la cultura no ha hecho del vino un pecado capital es porque en el tóxico se enredan esas dos figuras enormes: el *Eros* y la muerte, la matanza y el pacto. *Hay mucho vino malicioso, y poco vino del mejor*, dice una canción de los *Redonditos de ricota*, que parecieran estar al día con el tema.

Y, ¿porqué no? Bien podría haber sido que, si Freud hubiera tenido una buena charla con Nietzsche, luego de que los hermanos se juntaran y mataran al gran mono aquél, en lugar de comérselo, se lo habrían bebido.

---

<sup>14</sup> Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 252.

<sup>15</sup> Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 136.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pág. 138.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pág. 142.